

INFORME SOBRE EL CÓLERA MORBO EN CARMONA (1855)

Autor: Manuel de Aguilar Tablada
Transcripción: Esteban Mira Caballos

NOTA DEL TRANSCRIPTOR: Volcamos este documento en la red por si fuera de interés para investigadores, por lo paralelismos que pudieran darse en esa epidemia que tanto afecto a la España decimonónica. Hemos actualizado todas las grafías, actualizando la ortografía.

SEÑOR ALCALDE PRESIDENTE DE ESTE ILUSTRE AYUNTAMIENTO:

Siempre he lamentado la falta de noticias que se advierten en los archivos públicos de aquellos hechos memorables que, favorables o adversos, dejan una profunda huella en la memoria de los pueblos.

Oirá de los menos tristemente célebres la invasión del cólera que sufrió esta ciudad el año del 1855 y si bien mi falta de conocimientos científicos no me ha permitido tratarla cual merecía me atrevo a presentarle una pequeña narración de la catástrofe y con solo el objeto de que si lo estima oportuno le de cabida entre los legajos de aquel tiempo como simple noticia de tamaña desgracia.

Sin pretensiones de ninguna clase me propongo describir sucintamente la horrorosa invasión del cólera morbo asiático que sufrió esta ciudad porque las grandes desgracias de los pueblos así como sus escasas alegrías deben consignarse en sus archivos para instrucción de los venideros. He aguardado tanto tiempo porque escribiendo bajo la impresión primera acaso me habría dejado llevar a la exageración si exageración podía haber al describir la terrible catástrofe. Si mis observaciones rectificadas cuando el tiempo transcurrido ha devuelto la calma al espíritu pueden ser útiles habré conseguido mi objeto y de todos modos la abstracción que hago de personas demostrarán que solo he tenido el deseo de estimular a los más entendidos o que estudian científicamente el terrible fenómeno.

TOPOGRAFÍA DE ESTA CIUDAD: Carmona se halla situada al borde de una cadena de rocas calizas que corren de nordeste al sudoeste formando varias sinuosidades y ángulos escarpados por la parte del sur, oriente y norte y pendiente con declive suave sin formar sayo alguno por la del poniente la parte baja de la ciudad está sobre un pico o ángulo saliente de este alcor que por el oeste concluirá probablemente en lo antiguo en una cañada medianamente profunda y que rellenada posteriormente es el principio del llamado arrabal. Este forma por la mitad de la población prolongándose también hacia el oeste; y compuesto de edificios más bajos que los de la ciudad y de calles más anchas, es más alegre y ventilada aunque sea aquella a un nivel mucho más alto.

Carmona pues por el este y sur parece asomada a un inmenso balcón que domina su ancha vega terminada por la Serranía de Ronda y de Morón, terreno todo de sembradío en que se ven poquísimos árboles y muy escasa agua pues toda la parte especialmente del sudeste tiene por base las arcillas y así es que se ven algunas presas de corta extensión para el abrevadero de ganados y que en su mayor parte se secan durante el verano.

Por el lado del norte y oeste de la ciudad apenas se ve al contrario tierra de sembradío y si un inmenso aljarafe de olivos con muy cortas y mezquinas huertas y monte bajo, concluyendo

tales plantaciones en el Guadalquivir que serpentea a cuatro, tres o dos leguas de la población en el que desemboca, corriendo de este a norte y a distancia de una legua de la ciudad el río Corbones que en verano solo conserva algunas charcas de agua.

Consiguiente a esta topografía en general son los fenómenos atmosféricos e higiénicos de Carmona goza de un horizonte claro y despejado la mayor parte del año. Varias veces se experimentan camaras y aun en los rigores del verano por las tardes y noches se sienten brisas agradables y pesca las aguas de que se surte el pueblo, proceden de las poblaciones del mismo peñasco volcánico sobre que está fundado y así es que siendo muy puras tienen sin embargo cierto principio de cal que afecta al sistema nervioso, pues, es de advertir que aunque todas las casas tienen pozos profundos la mayor parte de ellos producen una agua salobre que costa el jabón que no es potable y que se destina exclusivamente al aseo y limpieza.

Consecuencia de todo y de los trabajos de agricultura a que se dedican los habitantes son las enfermedades que se padecen y así es que en la Vega reinan labardillos, calenturas cerebrales. En el Aljarafe especialmente en los campos media calentura intermitentes. Y en las clases medias y elevadas no sujetas a los trabajos agrícolas, es mortífera sobretodo la tisis doctoral.

Consecuencia también de esta localidad de Carmona es la limpieza de sus calles , pues en la cúspide del cerro, por todas partes tiene fácil y rápido desagües y así es que y así es que aun después de las lluvias mal crecidas no se ven en las calles charcos ni fango; y además en muchas calles hay cloacas públicas a donde desaguan las casas particulares y que conducen por bajo de tierra toda bascosidad y aguas sucias. En las calles en donde no hay estas obras se recogen aquellas inmundicias en pozos negros pero regularmente hay dos en cada casa de suerte que cuando se llena uno se tapa y se descubre el otro que lo ha estado ya tres o cuatro años de forma que tenía ya convertida la inmundicia en estiércol o humus seco e inodoro que se saca como si fuera simple tierra; y así es que tal operación molesta y fétida en otras poblaciones pasa desapercibida en Carmona.

Además la inclinación a la limpieza ya no es tan exagerada que no solo se barren sino que hasta se lavan las calles y las familias más pobres antes quedan sin comer que dejar de blanquear sus casas al menos una vez al año.

Por último la alimentación de la clase proletaria es sana, consistente, generalmente, en pan de trigo y en legumbres y semillas cocidas con aceite de oliva.

HISTORIA: Con tan favorables condiciones higiénicas Carmona ha gozado siempre del concepto de muy sana en tiempos de epidemias y así es que en las invasiones de fiebre amarilla que en este siglo se han padecido y que tantas víctimas causaron en Cádiz y su provincia y en Sevilla apenas se contaron en Carmona algunos casos.

Por eso cuando en 1853 invadió el cólera morbo asiático a Sevilla y a todos los pueblos comarcanos se refugiaron en Carmona multitud de familias de dichos puntos y, aunque no observaron previa cuarentena ni ninguna otra precaución a su entrada, no por eso se notó el más mínimo cambio en la salud pública pues algunos casos rarísimos que se notaron en el término y aun en la ciudad fueron de personas inmediatamente venidas de los puntos contagiados y que venían ya infestadas.

Pero a pesar de no haber transmitido la enfermedad a ninguno de los que estuvieron en contacto inmediato con los enfermos estos hechos aislados fueron suficientes a alarmar especialmente a los forasteros que olvidados de la franca y cordial hospitalidad que acababan de recibir alarmaron a parte de la población y solicitaron de la junta de sanidad y ayuntamiento casi tumultuariamente la adopción de todas las medidas que su terror les sugería para aislar completamente a Carmona del resto de la provincia.

Y vanas fueron cuantas reflexiones pudieron sugerir el buen sentido y la experiencia; aquel, demostrando la imposibilidad de tal aislamiento en un pueblo abierto que se surte de fuera

en sus artículos de primera necesidad; y ésta haciendo ver que vanas serían las tapias de tierra y as rondas contra una enfermedad que había pasado los montes, salvado los ríos y volado por encima de los mares. En vano fue deducir de aquí que la verdadera perseveración consistía en redoblar el celo de las medidas higiénicas, en preparar hospitales y casas de refugio, y en una palabra en adoptar con ánimo sereno aquellos medios que la ciencia aconseja y preside la legislación actual.

Nada, repetimos, fue escuchado y el ayuntamiento y junta de sanidad de que era individuo el que ésta escribe, tuvieron que sucumbir en evitación de otros males y se adoptaron en su consecuencia las medidas más ridículamente exageradas que hubieran servido de diversión a los hombres sensatos si no hubiesen costado a la población algunos miles de duros que tanta falta le hicieron después en la hora del conflicto.

En el año de 1854 continuó la enfermedad cebándose en todos los pueblos inmediatos y, sin embargo, la salud de Carmona continuó sin novedad a pesar de que la comunicación del año anterior era ya casi nominal como naturalmente debía suceder, sin embargo, en el mes de octubre estalló una tormenta con extraordinario desprendimiento de electricidad, notándose a los pocos días varios casos marcados de cólera en personas que ningún contacto ni relación habían tenido con los pueblos contagiados. Fueron muy pocos en número y no se transmitieron ni propagaron a la generalidad produciendo así una pequeña alarma que pronto se disipó.

El año de 1855 vio casi de todo punto restablecida la salud en Sevilla y demás pueblos limítrofes que en los anteriores tan lastimados habían sido y en Carmona produjo alguno que otro caso aislado sin ninguna trascendencia de forma que la confianza se restableció casi todo punto y los más medrosos se conceptuaban seguros y libres del terrible azote.

Así las cosas, el 16 de septiembre se presentó otra tormenta con bastante desprendimiento eléctrico pero sin que llamase la atención por su poca intensidad más los médicos observadores y de numerosa clientela, entre ellos don José Herrera? Acuña principiaron desde el día siguiente a observar en sus enfermos comunes ciertos fenómenos y anomalías inexplicables y ya en el sentido de una mejoría instantánea y casi completa, o bien en el de agravación o complicaciones inesperadas.

Se acostaron todos tranquilos la noche del 18 pero a poco parece que cayó sobre la infortunada ciudad una lluvia de fuego puesto que amaneció invadida simultáneamente por todos los puntos. El que esto escribe presintió la horrorosa catástrofe desde su cama, pues, apenas recogido oyó los desaforados golpes con que llamaban al don José Acuña que vive enfrente de su casa y volvieron a llamarlo y se repitieron los golpes y continuaron hasta el amanecer y apenas amanecido vinieron a avisar al que habla como hermano mayor que era de la caridad y huérfanas de que en cada una de esas casas había tres o cuatro invadidos y, cuando salió a la calle en fin se encontró con el cuadro más aterrador: unos corriendo a bandadas a las boticas que no podían dar abasto, otros 40 o 50 corriendo con los médicos y casi riñendo por llevárselos primero, otros cargando los útiles más precisos en carros, bestias o lo que encontraban y abandonando sus intereses huían desalentados con sus familias de la ciudad proscrita. Todos en fin con el sello de la muerte marcado en sus semblantes y tan profundamente afectados que ni una lágrima ni un lamento se permitían, silencio que continuó en los días siguientes y era, en verdad, aterrador, pues no dejaba oír más que el ruido sordo de los carros que constantemente atravesaban la ciudad en todas direcciones colmados de cadáveres para trasportarlos primero al cementerio público y después y a poco, lleno éste, a las horribles zanjias improvisadas.

Duró la terrible invasión en toda su intensidad tres o cuatro días y enseguida principió a declinar tan rápidamente que a los quince apenas se contaba una nueva invasión; y éstas desde el 6º o 7º día venían siendo tan benignas que apenas se desgraciaba ningún enfermo, al contrario de lo que sucedió en las invasiones de los cuatro primeros días, pues, de mil atacados se salvo si

acaso uno y de aquí puede deducirse cual sería el horroroso espectáculo de un pueblo en que fallecieron en tan poco tiempo quizás más de dos mil personas. De suerte que aunque en otras poblaciones se hayan contado más víctimas proporcionalmente ha sido en un período de seis o siete meses dando tiempo a que las autoridades tomen toda clase de medidas y proporcionen toda clase de auxilios.

Horroroso por demás era en efecto el espectáculo que Carmona ofrecía en aquellas terribles horas, la mitad de la población había huido despavorida y la otra mitad o yacía en el lecho de la agonía, o auxiliaba en vano a los enfermos, o trasportaba al cementerio y a las zanjas los cadáveres de las víctimas, las calles solitarias apenas veían transitar más que a los horribles carros atestados de cadáveres o a los que llevaban los de sus parientes y amigos en burros por no tener lugar en aquellos, o bien a infelices moribundos que eran transportados en camillas a los hospitales improvisados para acabar de fallecer en ellos. Los curas sin descanso se ocupaban solo en administrar el santo óleo y alguno para continuar su trabajo tuvo que tomar una calesa.

¿Y qué diremos de la administración municipal en medio de tantos horrores? debemos decir que se bien se advirtieron faltas graves especialmente en el cementerio, merecen la más completa disculpa porque imposible fue en una sorpresa tan extraordinaria preverlo todo y ordenarlo debidamente. Deberán ser pues de grata memoria las autoridades de Carmona entonces y especialmente don Máximo Teruel, teniente de alcalde por enfermedad del que lo era primero, y que no descansó de noche ni de día; el secretario del ayuntamiento don Antonio Trigueros y las juntas parroquiales de beneficencia que, igualmente firmes en sus puestos, a todas horas prestaban auxilios al necesitado y así fue que ni faltó el surtido ni tampoco la asistencia debida a los enfermos.

Por último concluimos este imperfecto bosquejo con la nota de las defunciones la cual si bien imperfectísima y disminuida acaso en una mitad pues en los días de mayor conflicto ni pudo llevarse exacta ni después ha podido enmendarse con las notas del cementerio porque como va indicando antes, éste una vez lleno se cerró y se abrieron zanjas en el campo a donde se echaban los cadáveres sin ocuparse de tomar apuntes. Si bien imperfectísima repito, da una idea de la catástrofe, no olvidándose de lo que antes también dijimos sobre que la grande invasión duró en su mayor intensidad cuatro o cinco días, pudiendo decirse sano el pueblo a los quince o veinte.

Barrio de Santa María, en el centro de la ciudad vieja y que corre de norte a Medio día.

Cuartel 1º: El Sol, Palomar, Puerta de Marchena, Peñuelas, Mirador, Costanilla, Pozo Nuevo, Imperial, 65.

Cuartel 2º: San Ildefonso, San Antón, de la Orden, Plazuela de Santa María, Ídem de las Descalzas, Peso de la Harina, Miraflores, Villalobos, Juan de Lugo, Judería, Dos Puertas, Beaterio, Carruaje, Pósito, Cárcel, Panaderas, Vendederas 69.

Barrio del Salvador en el centro de la ciudad:

Cuartel 3º: plaza de la Constitución, calle del Salvador, Santa Catalina, Palenque, Oficiales, Torno de Madre de Dios, Juan de la Cabra, Plazuela de Juan Caballero, Sancho Ibáñez, Torre del Oro 62.

Barrio de Santiago, moriente de la ciudad vieja.

Cuartel 4º: Puerta de Córdoba, Caridad, Gil de Palma, Calatrava, Barranquillo, Alférez, Estrella, Quiebra Jarrillo, San Marcos, Plazuela de Facundes, Leona, Lentiscos, Extramuros, Bliarrán?, Plazuela de Santiago, Ídem de Marchena, Ídem de San José, Paso de la Duquesa, San Antón, Torno de Santa Clara, 142.

Barrio de San Blas, al norte de la ciudad vieja.

Cuartel 5º: calle de Parras, Abejas, Plazuela del Higueral, Calle de la Cruz, Diego Navarro, Vírgenes, Judería, Plazuela del Saltillo, Estrella, Postigo, Torre del Oro 145.

Barrio de San Felipe, al mediodía.

Cuartel 6º: Calle Ancha, Miraflores, Teodomiro Bravo, Berrocal, Peñuelas, Mirador, San Felipe, Juan Tamariz, Arquillo, Bogas, de la Cuna, 131.

Barrio de San Bartolomé, al poniente y mediodía.

Cuartel 7º: Oficiales, San Bartolomé, Santa Catalina, Siete Revueltas, Flamencos, San Felipe, Baño Quebrado, Plazuela de Romera, Ahumada, Ancha, Viga, Vieja, Horno Palomino 99.

Ciudad nueva, o sea, arrabal. Barrio de San Pedro dividido en seis cuarteles:

Cuartel 1º, al medio día: San Pedro, Plaza del Arrabal, la Fuente, Aguditas, Fuente de las Viñas 85.

Cuartel 2º, al medio día: Tranqueras, Real, Vidal Concepción 125.

Cuartel 3º en el centro: Carpinteros, Sastre, Montánchez, Cadenas, Juan Chico 89.

Cuartel 4º, poniente y norte: Horno de Aguirre, Antón Gutiérrez, Barrionuevo, Olivar, Bravos, Raso de Santa Ana, Barbacana Baja, Ídem Alta 144.

Cuartel 5º, poniente: Tinajería, Atahonas, Gallegas, Bajondillo, Chamorro, San Francisco, León de Ídem, Cruz de Ídem, Atarazanas 128.

Cuartel 6º poniente y medio día: Atarazanilla, del Medio, Sevilla, Mármoles 102.

Fallecidos en el Arrabal 673, Ídem en la ciudad 713, total general 1.386.

Quisiéramos completar la suscinta relación que acabamos de hacer de la horrorosa catástrofe, formando la comparación debida entre la mortalidad sufrida por uno y otro sexo y la de los párvulos pero para ello necesitaríamos la nota de estadística de la población en todos tres conceptos la cual por desgracia no existía aun en Carmona.

Sin embargo nos atrevemos a decir que la mortalidad fue mayor en los párvulos proporcionalmente que siguió enseguida la de las mujeres y que los que padecieron menos fueron los hombres, pues, aparece en esta proporción:

párvulos 24-97; mujeres 41-84 por cien; hombres 33-19. Total: 100,00

¿Y habrá por ventura una cuarta parte de párvulos en toda la población de Carmona que es a la proporción en que está su mortalidad? lo mismo decimos con respecto a las mujeres que además de aparecer en un guarismo superior al de los hombres, debe tenerse en cuenta también que de estos hay un gran número forasteros ocupados en la faena del campo lo que no sucede a las mujeres debiendo haber sido por lo mismo mayor la mortalidad de aquellos si hubiese guardado la debida proporción.

Supuestos estos datos permitámonos algunas observaciones.

Primera observación: la invasión del cólera en Carmona fue instantánea y simultánea en todos los barrios y en todas las localidades. Fue una especie de torrente, una especie de represa que parecía contenida por un obstáculo hasta que de repente vencido éste lo inundo todo con el mayor furor. Luego no es posible figurársela por medio de un contagio importado con las personas a efectos porque entonces se había conocido el primer punto invadido y se podría trazar la marcha progresiva y la irradiación sucesiva desde este foco a los demás puntos de la población.

Segunda: y esta idea se confirma al observar que entre las primeras víctimas se contaron muchas de las niñas párvulas de la casa de Huérfanas que observan casi una completa clausura; muchos de los ancianos de la casa de Caridad que tampoco salen de la casa y muchas monjas del convento de Agustinas Descalzas que observantes de una regla estrechísima no tienen comunicación alguna con el exterior.

Tercera: como antes va notado la mortandad de párvulos fue comparativamente mayor y la Casa de Huérfanas fue de las primeras invadidas no cesando las invasiones hasta que todas fueron trasladadas a una hacienda de campo; lo que demuestra que no es el miedo ni la aprensión la que determina el contagio pues los niños no sabían siquiera si existía el cólera morbo ni mucho menos el peligro a que los exponía.

Cuarta: tampoco el contacto inmediato con los enfermos aumentaba tal peligro, pues ninguno de los médicos que tanto trabajaron de noche y día sucumbió; ni tampoco los enfermeros y encargados de los hospitales, ni los sepultureros que estaban constantemente entre los montones de cadáveres. El que esto escribe tenía entonces una sobrina en la lactancia y su nodriza después de vestirla y de darle de mamar quiso ir a dar una vuelta a su casa, a las dos o tres horas viendo que no parecía se mandó llamar y ya se encontró muerta sin que la niña, que indudablemente mamó la leche de una mujer casi ya moribunda tuviese la menor novedad.

Quinta: tampoco parece influya mucho el método y elección de alimentos porque lo mismo fue atacado un pobre que el rico; y lo mismo se respetó la casa bien ventilada y llena de precauciones higiénicas que la reducida y mezquina habitación del infeliz. Hay más, invadida como va dicho la casa de Caridad al que esto escribe rodearon una tarde las ancianas que en ella se alimentan y cuidan, suplicándole con un amarguísimo llanto que les permitiera dejar la casa. En vano fueron las reflexiones que les hizo demostrándoles que así se esparcían más, privadas de albergue, de buenos alimentos y de esmerada asistencia y medicinas. Nada fue bastante a persuadirla y entonces el que habla comprendiendo que de todos modos morirían les permitió el que se marchasen, les señaló una pensión a cada una para que se mantuvieran y se despidió de ellas para siempre. Pues bien, pasada la invasión todas volvieron a presentarse en la casa sanas y salvas, confesando algunas que desde que habían salido no habían probado comida caliente y que muchas noches las habían pasado en los soportales de las iglesias, al sereno, por falta de albergue.

Sexta: si hemos dicho que la aprensión y el miedo no eran bastantes para determinar la invasión no por eso negaría el que una vez invadida la persona el miedo y la aprensión eran poderosísimos auxiliares de la enfermedad y seguramente que muchos inconvenientes al terror más bien que al cólera, causa a que deberá quizás atribuirse la mayor mortandad de las mujeres.

Séptima: muchos de los que huyeron fallecieron apenas llegaron al punto en que creían salvarse; pero los demás que les acompañaban y que los asistieron no por eso se contagiaron lo que prueba que aquellos iban ya heridos de muerte cuando salieron de Carmona.

Octava: como en aquella confusión se salieron tantos, abandonando sus negocios y sin calcular sus recursos, muchos tuvieron que volverse antes de tiempo antes de que cesasen las invasiones. Pero no por eso se aumentaron éstas, ni ellos sucumbieron más particularmente que los que nunca habían abandonado la ciudad.

Novena: el estado atmosférico en aquellos días no presentaba fenómeno alguno particular, ni se aglomeraron nubes extraordinarias, si se repitió la tormenta que antecedió a la invasión ni dejaron de reinar los vientos suaves que tan comunes son en Carmona.

De todo este conjunto de observaciones parece se deduce que la causa del cólera morbo asiático no debe buscarse en la descomposición de la atmósfera que a cada momento se renueva y que no permitiría la invasión terrible de un pueblo dejando intacto a otro inmediato.

Tampoco parece debe buscarse en el niasma transportado por las personas o por las casas pues esto supone un contagio progresivo y sucesivo.

Últimamente parece que acaso se encontrará algún día la causa del mal en la descomposición de algunas de las fuerzas terrestres o de su desequilibrio en un punto dado. Así se ve que en este punto nada es respetado como si debajo existiese un horno de infección que exhalase por entre las capas de la tierra su humo mortífero el cual a poco combinado con las sustancias atmosféricas pierde su malignidad y queda inofensivo. Por eso en retirándose a corta distancia de tal foco ya casi se está de todo punto seguro si se huye antes de recibir su impresión fatal. Por eso una vez recibida ésta en vano es la huída. Por eso en fin, extinguido el foco de infección y las exhalaciones terrestres mortíferas declina la enfermedad con rapidez, las invasiones decrecen en número notablemente y sobre todo son mucho menos intensas y de una terminación feliz en su mayor parte.

Y en conservación de ésta y sobre todo por si algún día puede ser útil a la humanidad debe el que esto escribe concluir refiriendo un hecho a que no debe dar más importancia que la que en si tenga es el siguiente:

El primer o segundo día de invasión leyó en un periódico que en un pueblo cuyo nombre no se recuerda y que abunda en fábricas de cobre se advirtió que ninguno de los operarios de ella había sido atacado del cólera que diezaba al resto de la ciudad por lo que muchos habían adoptado como preservativo el uso de una plancha de cobre sobre el epigastro. El que habla considerando que tal cosa nunca podía dañar y recordando que no era más inexplicable que el aislamiento de la electricidad por medio del cristal o su disfunción por medio de una sustancia metálica se decidió a adoptarlo en el acto e hizo que a falta de la mina de cobre se colgasen del cuello todos los individuos de su familia una moneda de dos cuartos envuelta en una bolla. Fue el resultado que ninguno de ellos se vio atacado a pesar de que ninguno de ellos dejó a Carmona ni por un momento, habiendo sido quizás la única familia que cuando se cantó el Te Deum pudo presentarse en el templo a dar gracias a Dios sin llevar luto.

Concluiremos, por último, indicando que en tan gran conflicto la caridad pública no fue invocada en vano y abasteció de todo lo necesario a las juntas parroquiales, distinguiéndose entre otros vecinos el Excelentísimo Señor don Miguel Lasso de la Vega que dio letra abierta a la junta de Santa María y don Tomás López García que haciendo lo mismo con la de San Pedro adoptó además doce niñas párvulas y huérfanas a quienes desde entonces mantiene y educa en una casa exclusivamente destinada a ellas y a cargo de la maestra y ayudantas oportunas.

Carmona y agosto trece de mil ochocientos cincuenta y ocho. Firma: Manuel de Aguilar Tablada.

(Archivo Municipal de Carmona, ACTAS CAPITULARES Libro 258).